

# ¡Y vuelta la burra al trigo!

J. M. RUIZ SOROA

La sociedad vasca  
comenzará a ser tan normal  
como cualquier otra  
de occidente  
no bien se acostumbre  
a vivir en libertad



.. JESÚS FERRERO

**M**e perdonará Fernando Molina si le robo su simpático título para encabezar esta reflexión, que no pretende en definitiva sino poner de manifiesto la capacidad del ser humano para repetir una y otra vez el mismo error con la cabezonería de esa burra que pertinazmente se mete en el sembrado por mucho que la echen de él. La burra es en este caso la política vasca, y el sembrado en que una y otra vez se mete es eso que el mismo Fernando Molina (y más limitadamente Jesús Casquete) han calificado como 'la sinécdoque vasca', es decir, la admirable capacidad del nacionalismo vasco para hacer pasar como problemas de toda la sociedad lo que no son sino sus propios problemas y, sobre todo, la ductilidad y mansedumbre con que los no nacionalistas adoptaron durante mucho tiempo esa propuesta tramposa. Y me explico.

La sinécdoque (la figura retórica que consiste en tomar la parte por el todo) es un componente esencial de cualquier nacionalismo, pero la fuerza que posea el discurso de poder de ese nacionalismo depende en definitiva de su capacidad para imponer esa sinécdoque mental al conjunto de la sociedad afectada. En un primer momento, se trata de presentar y hacer pasar los elementos simbólicos e identitarios de los nacionalistas como los únicos que corresponden de forma 'natural' al conjunto de personas que componen la sociedad en cuestión. Y en un segundo paso, se trata de que todas esas personas acepten esa sustitución y la integren de manera subliminal en su ánimo, de manera que para ellos termine por resultar algo obvio que existe una equiparación total entre la nación de los nacionalistas y la sociedad toda.

La transición política en el País Vasco consistió precisamente, en gran parte, en una operación en la que (por razones complejas que no vamos ahora a analizar) el conjunto de fuerzas políticas existentes asumí y interiorizó la sinécdoque que les proponía el nacionalismo. A partir de esa época se asumió como algo natural y no necesitado de mayor demostración que existía (y que había existido desde la noche de los tiempos!) un 'problema', 'cuestión' o 'conflicto' que oponía entre sí a un ente de naturaleza orgánica llamado 'pueblo vasco' y a una estructura de poder exterior a él que se llamaba 'Estado'. A pesar de que era bastante evidente para cualquier observador desapasionado de la historia y de la actualidad que lo que existía en realidad era un 'problema', 'cuestión' o 'conflicto' de los nacionalistas vascos (es decir, del subgrupo social que forma la comunidad nacionalista), y sólo de ellos, para integrarse en la naciente democracia constitucional española, lo cierto es que desde la transición todo el arco de la política vasca asumió con más o menos docilidad (la violencia terrorista ayudó a convencer a los más remisos) que, efectivamente, la sociedad vasca estaba afectada por un problema existencial (casi metafísico) que era el de su defectuosa inserción institucional y que, por ello, el principal cometido de la política vasca era tratar de resolverlo.

Y, lo que es más importante y trascendente, las fuerzas políticas no nacionalistas asumieron congruentemente con lo anterior que su papel era el de facilitar esa solución, y que para ello debían de convertirse en unos apóstoles infatigables de la solución del contencioso mediante una política de comprensión e integración del diferente. El diferente lo eran, claro está, ellos mismos, y lo que pedían era ser admitidos como vascos completos a pesar de sus carencias ideológicas básicas. De esta forma, el no nacionalismo político se labró para mucho tiempo la triste condición que Manuel Montero ha descrito como la del 'actor secundario' de la política vasca, un actor que se limitaba a seguir (o reprimir su velocidad) el proceso de construcción nacional de los nacionalistas para ver si así, con un poco de fortuna, integraba a ese nacionalismo en España. Algo en lo que, dicho sea de paso, no ha tenido ningún éxito. Sólo el gobierno basado en el entendimiento PSE-PP ha puesto fin recientemente a la dinámica del 'actor secundario'.

Toda esta introducción viene a cuento ahora porque, de nuevo en este concreto momento en que se anuncia la derrota del terrorismo, la sinécdoque vasca vuelve a intentar imponerse en la mente de todos y vuelve a intentar condicionar la política. La burra vuelve al trigo. Claro que los años no han pasado en vano, y la retórica se ha modernizado: no se habla ya tanto de 'pueblo' como de 'sociedad vasca', pero

lo que se formula sigue incurriendo en el mismo vicio de origen: el de tomar la parte por el todo. Su lema resumido para esta nueva transición sería el siguiente: «Terminado el terrorismo, hay que normalizar la convivencia de la sociedad vasca desde la política, superando y borrando los restos del enfrentamiento que se ha vivido». Lo que supone eso de 'los restos' lo comprende rápido cualquiera, así que no me detengo en ello.

De nuevo la trampa argumental de hacer pasar como problemas de todos (de 'la sociedad') lo que no son sino los problemas de una parte (de la 'comunidad nacionalista').

La sociedad vasca no precisa de normalización alguna como tal sociedad: en el momento en que el terrorismo desaparece, la sociedad queda automáticamente normalizada, porque lo único anormal que había en ella era la existencia y persistencia de la violencia política. La sociedad vasca volverá a ser tan normal como cualquier otra de occidente, con todos sus problemas y conflictos más o menos acuciantes, no bien se acostumbre a vivir en libertad, cosa que ella solita será muy capaz de hacer. El que muchas personas (los terroristas) purguen sus culpas en prisión durante cierto tiempo de acuerdo con las leyes no será nada anormal en esa sociedad, sino todo lo contrario: será lo normal. Lo que sería anormal es que, después de cuarenta años de terrorismo, las cárceles estuvieran vacías y nadie asumiese -¡pero

asumir en serio!- la responsabilidad por sus actos. Una tal situación sólo tendría sentido si se tratase de una refundación de la sociedad después de una lucha fratricida entre sus miembros, pero parece bastante claro que no es eso lo que aquí ha pasado. Aquí no se trata de refundar la sociedad política (y por eso debieran evitar los incautos tanta boba retórica sobre un 'nuevo tiempo') sino de devolver a sus ciudadanos el ejercicio de la libertad de la que quisieron privarles.

Lo que sí existe, en cambio, es un serio problema de normalización para y dentro de la comunidad nacionalista, tanto de la parte de ella que ha apoyado el terrorismo, como de la que lo ha comprendido desde un tímido reproche, como de la que lo ha combatido noblemente. Porque es esa comunidad la que se encuentra en deuda consigo misma: la deuda de explicarse por qué y cómo su propia ideología ha llevado al crimen a muchas personas. Esa es una deuda que sólo esa propia comunidad puede pagar, y para hacerlo precisa empezar por asumir esa punzante contradicción (los presos y huidos existen y están ahí) en su hasta ahora tranquilo mundo ideal. Es la comunidad nacionalista la que debe 'normalizarse' ante sí misma y encontrar una forma de seguir justificándose a pesar del uso desviado que han hecho muchos de sus miembros de sus principios más íntimos.

Es una tarea difícil e incómoda, y por eso su dirigencia política intenta ahorrársela. Pase de mi este cáliz, piensan. Y para ello, nada mejor que transferirlo a los demás como si fuera el cáliz de todos.

Una forma burda de pasar el cáliz a los demás es la de proclamar bien alto que, ¡mucho cuidado!, no se olviden de que el terrorismo no era más que el síntoma del problema, una simple consecuencia del conflicto secular; ahora que el síntoma se ha apaciguado, toca abordar la enfermedad. Lo advierten con una formulación que de veces cae en lo abyecto: «ya no tenéis excusa (!) para no abordar el 'conflicto'». Dejando de lado la repugnancia, conviene sí acordar con la idea binaria del 'síntoma-enfermedad', pero no en la forma que pretenden sus proponentes: el terrorismo era ciertamente el síntoma de un problema más hondo, pero del problema de los nacionalistas, no del País Vasco en su conjunto. Porque no era sino la manifestación más extrema de la propia contradicción básica del nacionalismo, la de empeñarse en imaginar un pueblo que no coincide en absoluto con el pueblo realmente existente, y la de resolver la contradicción por la fuerza. Matar al pueblo real por amor al pueblo ideal.

Pero la forma más educada, incluso a primera vista noble, de pasar el cáliz es distinta de esa ruda y simplona. Es la de sugerir que la política institucional debe correr a borrar las huellas del terrorismo porque esas huellas afectan a la sociedad como un todo, y por tanto es necesario para recuperar su cohesión. Borrarlas con perdón, generosidad, reconciliación, y demás buenos sentimientos derramados pródigamente sobre todos, pero borrarlas. Es de interés de la sociedad toda, dicen. Y además es urgente, no hay tiempo que perder, se nos puede escapar no se sabe qué tren.

Aunque solo fuera por tanta urgencia, conviene acoger estas demandas con sospecha. Y reflexionar detenidamente sobre ellas. Porque en el fondo no son sino la reedición de la sinécdoque tramposa, aunque en esta ocasión se disfraza de aparente humanismo y preocupación solicitada por la sociedad. La burra vuelve al trigo, y no parece que sea mucho pedir que, en esta reedición del fenómeno, las fuerzas políticas no nacionalistas (lideradas por el gobierno socialista) no vuelvan a caer en la tentación de hacerse los simpáticos y conciliadores, porque sería tanto como asumir de nuevo el papel de actor secundario que tantos años les costó deshacer. El decálogo del lehendakari es una buena orientación en ese sentido. La mejor manera de ayudar al nacionalismo vasco a limpiar su almarío y su conciencia es la de exigirle que se enfrente, él solo, con los sangrientos fantasmas de ese armario, y no la de asumirlos como si fueran los fantasmas de todos.

No será fácil, ni está claro que se vaya a conseguir. Lloverán exigencias y clamores, desde pulpitos y desde tribunas, sacarán a la calle a sus masas de 'kalera' y 'etxera', intentarán vendernos la mercancía averiada con melifluas palabras de reconciliación. Pero se debe y se puede conseguir, con inteligencia y firmeza. Aunque sólo sea porque esta vez ya conocemos a la burra y al trigo.